1º domingo de Adviento (A)

EVANGELIO

Estad en vela para estar preparados.

Lectura del santo evangelio según san Mateo 24,37-44

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

- Lo que pasó en tiempos de Noé, pasará cuando venga el Hijo del hombre.

Antes del diluvio la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y, cuando menos lo esperaban, llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre:

Dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán.

Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor.

Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa.

Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.

Palabra de Dios.

HOMILIA

2016-2017 -
27 de noviembre de 2016

CON LOS OJOS ABIERTOS

Las primeras comunidades cristianas vivieron años muy difíciles. Perdidos en el vasto Imperio de Roma, en medio de conflictos y persecuciones, aquellos cristianos buscaban fuerza y aliento esperando la pronta venida de Jesús y recordando sus palabras: **“Vigilad. Vivid despiertos. Tened los ojos abiertos. Estad alerta.”**

¿Significan todavía algo para nosotros las llamadas de Jesús a vivir despiertos?

¿Qué es hoy para los cristianos poner nuestra esperanza en Dios viviendo con los ojos abiertos?

¿Dejaremos que se agote definitivamente en nuestro mundo secular la esperanza en una última justicia de Dios para esa inmensa mayoría de víctimas inocentes que sufren sin culpa alguna?

Precisamente, la manera más fácil de falsear la esperanza cristiana es esperar de Dios nuestra salvación eterna, mientras damos la espalda al sufrimiento que hay ahora mismo en el mundo. Un día tendremos que reconocer nuestra ceguera ante Cristo Juez: ¿Cuándo te vimos hambriento o sediento, extranjero o desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te asistimos? Este será nuestro dialogo final con él si vivimos con los ojos cerrados.

Hemos de despertar y abrir bien los ojos. Vivir vigilantes para mirar más allá de nuestros pequeños intereses y preocupaciones. La esperanza del cristiano no es una actitud ciega, pues no olvida nunca a los que sufren. La espiritualidad cristiana no consiste solo en una mirada hacia el interior, pues su corazón está atento a quienes viven abandonados a su suerte.

En las comunidades cristianas hemos de cuidar cada vez más que nuestro modo de vivir la esperanza no nos lleve a la indiferencia o el olvido de los pobres. No podemos aislarnos en la religión para no oír el clamor de los que mueren diariamente de hambre. No nos está permitido alimentar nuestra ilusión de inocencia para defender nuestra tranquilidad.

Una esperanza en Dios, que se olvida de los que viven en esta tierra sin poder esperar nada, ¿no puede ser considerada como una versión religiosa de cierto optimismo a toda costa, vivido sin lucidez ni responsabilidad? Una búsqueda de la propia salvación eterna de espaldas a los que sufren, ¿no puede ser acusada de ser un sutil “egoísmo alargado hacia el más allá”?

Probablemente, la poca sensibilidad al sufrimiento inmenso que hay en el mundo es uno de los síntomas más graves del envejecimiento del cristianismo actual. Cuando el Papa Francisco reclama “una Iglesia más pobre y de los pobres”, nos está gritando su mensaje más importante a los cristianos de los países del bienestar.

José Antonio Pagola

HOMILIA

2013-2014 -
1 de diciembre de 2013

CON LOS OJOS ABIERTOS

(Ver homilía del ciclo A - 2016-2017)

José Antonio Pagola

HOMILIA

2010-2011 – JESÚS ES PARA TODOS
28 de noviembre de 2010

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Estad en vela.

Los evangelios han recogido, de diversas formas, la **llamada insistente de Jesús a vivir despiertos y vigilantes**, **muy atentos a los signos de los tiempos**. Al principio, los primeros cristianos dieron mucha importancia a esta "vigilancia" para estar preparados ante la venida inminente del Señor. Más tarde, se tomó conciencia de que vivir con lucidez, atentos a los signos de cada época, es imprescindible para mantenernos fieles a Jesús a lo largo de la historia.

Así recoge el Vaticano II esta preocupación: *"Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de esta época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura...".*

Entre los signos de estos tiempos, el Concilio señala un hecho doloroso: *"Crece de día en día el fenómeno de masas que, prácticamente, se desentienden de la religión"*. ¿Cómo estamos leyendo este grave signo? ¿Somos conscientes de lo que está sucediendo? ¿Es suficiente atribuirlo al materialismo, la secularización o el rechazo social a Dios? ¿No hemos de escuchar en el interior de la Iglesia una llamada a la conversión?

La mayoría se ha ido marchando silenciosamente, sin sacar ruido alguno. Siempre han estado mudos en la Iglesia. Nadie les ha preguntado nada importante. Nunca han pensado que podían tener algo que decir. Ahora se marchan calladamente. ¿Qué hay en el fondo de su silencio? ¿Quién los escucha? ¿Se han sentido alguna vez acogidos, escuchados y acompañados en nuestras comunidades?

Muchos de los que se van eran cristianos sencillos, acostumbrados a cumplir por costumbre sus deberes religiosos. La religión que habían recibido se ha desmoronado. No han encontrado en ella la fuerza que necesitaban para enfrentarse a los nuevos tiempos. ¿Qué alimento han recibido de nosotros? ¿Dónde podrán ahora escuchar el Evangelio? ¿Dónde podrán encontrarse con Cristo?

Otros se van decepcionados. Cansados de escuchar palabras que no tocan su corazón ni responden a sus interrogantes. Apenados al descubrir el "escándalo permanente" de la Iglesia. Algunos siguen buscando a tientas. ¿Quién les hará creíble la Buena Noticia de Jesús?

Benedicto XVI viene insistiendo en que el mayor peligro para la Iglesia no viene de fuera, sino que está dentro de ella misma, en su pecado e infidelidad. Es el momento de

reaccionar. La conversión de la Iglesia es posible, pero empieza por nuestra conversión, la de cada uno.

José Antonio Pagola

HOMILIA

2007-2008 - RECREADOS POR JESÚS
2 de diciembre de 2007

¿SEGUIMOS DESPIERTOS?

Estad en vela.

Un día la historia apasionante de los hombres terminará, como termina inevitablemente la vida de cada uno de nosotros. Los evangelios ponen en boca de Jesús un discurso sobre este final, y siempre destacan una exhortación: «vigilad», «estad alerta», «vivid despiertos». Las primeras generaciones cristianas dieron mucha importancia a esta vigilancia. El fin del mundo no llegaba tan pronto como algunos pensaban. Sentían el riesgo de irse olvidando poco a poco de Jesús y no querían que los encontrara un día «dormidos».

Han pasado muchos siglos desde entonces. ¿Cómo vivimos los cristianos de hoy?, ¿seguimos despiertos o nos hemos ido durmiendo poco a poco? ¿Vivimos atraídos por Jesús o distraídos por toda clase de cuestiones secundarias? ¿Le seguimos a él o hemos aprendido a vivir al estilo de todos?

Vigilar es antes que nada despertar de la inconsciencia. Vivimos el sueño de ser cristianos cuando, en realidad, no pocas veces nuestros intereses, actitudes y estilo de vivir no son los de Jesús. Este sueño nos protege de buscar nuestra conversión personal y la de la Iglesia. Sin «despertar», seguiremos engañándonos a nosotros mismos.

Vigilar es vivir atentos a la realidad. Escuchar los gemidos de los que sufren. Sentir el amor de Dios a la vida. Vivir más atentos a su venida a nuestra vida, a nuestra sociedad y a la tierra. Sin esta sensibilidad, no es posible caminar tras los pasos de Jesús.

Vivimos inmunizados a las llamadas del evangelio. Tenemos corazón, pero se nos ha endurecido. Tenemos los ojos abiertos, pero no escuchamos lo que Jesús escuchaba. Tenemos los ojos abiertos, pero ya no vemos la vida como la veía él, no miramos a las personas como él las miraba. Puede ocurrir entonces lo que Jesús quería evitar entre sus seguidores: verlos como «ciegos conduciendo a otros ciegos».

Si no despertamos, a todos nos puede ocurrir lo de aquellos de la parábola que todavía, al final de los tiempos, preguntaban: *«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o extranjero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?»*

José Antonio Pagola

HOMILIA

2004-2005 – AL ESTILO DE JESÚS
28 de noviembre de 2004

DESPERTAR

Estad en vela.

Lo repitió Jesús una y otra vez: «estad siempre despiertos». Era su gran preocupación: que el fuego inicial se apagara y sus seguidores se durmieran. Es el gran riesgo de los cristianos: instalarnos cómodamente en nuestras creencias, «acostumbrarnos» al evangelio y vivir adormecidos en la observancia tranquila de una religión apagada. ¿Cómo despertar?

Lo primero es volver a Jesús y sintonizar con la experiencia primera que desencadenó todo. No basta instalamos «correctamente» en la tradición. Hemos de enraizar nuestra fe en la persona de Jesús, volver a nacer de su Espíritu. Nada hay más importante que esto en la Iglesia. Sólo Jesús nos puede conducir de nuevo a lo esencial.

Necesitamos, además, reavivar la experiencia de Dios. Lo esencial del evangelio no se aprende desde fuera. Lo descubre cada uno en su interior como Buena Noticia de Dios. Hemos de aprender y enseñar caminos para encontramos con Dios. De poco sirve desarrollar temas didácticos de religión o seguir discutiendo de cuestiones de «moral sexual», si no despertamos en nadie el gusto por un Dios amigo, fuente de vida digna y dichosa.

Hay algo más. La clave desde la que Jesús vivía a Dios y miraba la vida entera no era el pecado, la moral o la ley, sino el sufrimiento de las gentes. Jesús no sólo amaba a los desgraciados sino que nada amaba más o por encima de ellos. No estamos siguiendo bien los pasos de Jesús si vivimos más preocupados por la religión que por el sufrimiento de las personas. Nada despertará a la Iglesia de su rutina, inmovilismo o mediocridad si no nos conmueve más el hambre, la humillación y el sufrimiento.

Lo importante para Jesús es siempre la vida digna y dichosa de las personas. Por eso, si nuestro «cristianismo» no sirve para hacer vivir y crecer, no sirve para lo esencial por más nombres piadosos y venerables con que lo queramos designar.

El Adviento es un tiempo apropiado para reaccionar. No hemos de mirar a otros. Cada uno hemos de sacudimos de encima la indiferencia, la rutina y la pasividad que nos hace vivir dormidos.

José Antonio Pagola

HOMILIA

2001-2002 – CON FUEGO
2 de diciembre de 2001

DESPERTAR

Estad en vela

Lo repitió Jesús una y otra vez: «estad siempre despiertos». Era su gran preocupación: que el fuego inicial se apagara y sus seguidores se durmieran. Es el gran riesgo de los cristianos: instalarnos cómodamente en nuestras creencias, «acostumbramos» al evangelio y vivir adormecidos en la observancia tranquila de una religión apagada. ¿Cómo despertar?

Lo primero es volver a Jesús y sintonizar con la experiencia primera que desencadenó todo. No basta instalarnos «correctamente» en la tradición. Hemos de enraizar nuestra fe en la persona de Jesús, volver a nacer de su espíritu. Nada hay más importante que esto en la Iglesia. Sólo Jesús nos puede conducir de nuevo a lo esencial.

Necesitamos, además, reavivar la experiencia de Dios. Lo esencial del evangelio no se aprende desde fuera. Lo descubre cada uno en su interior como Buena Noticia de Dios. Hemos de aprender y enseñar caminos para encontramos con Dios. De poco sirve desarrollar temas didácticos de religión o seguir discutiendo de cuestiones de «moral sexual», si no despertamos en nadie el gusto por un Dios amigo, fuente de vida digna y dichosa.

Hay algo más. La clave desde la que Jesús vivía a Dios y miraba la vida entera no era el pecado, la moral o la ley, sino el sufrimiento de las gentes. Jesús no sólo amaba a los desgraciados sino que nada amaba más o por encima de ellos. No estamos siguiendo bien los pasos de Jesús si vivimos más preocupados por la religión que por el sufrimiento de las personas. Nada despertará a la Iglesia de su rutina, inmovilismo o mediocridad si no nos conmueve más el hambre, la humillación y el sufrimiento.

Lo importante para Jesús es siempre la vida digna y dichosa de las personas. Por eso, si nuestro «cristianismo» no sirve para hacer vivir y crecer, no sirve para lo esencial por más nombres piadosos y venerables con que lo queramos designar.

El Adviento es un tiempo apropiado para reaccionar. No hemos de mirar a otros. Cada uno hemos de sacudimos de encima la indiferencia, la rutina y la pasividad que nos hace vivir dormidos.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1998-1999 – FUERZA PARA VIVIR

29 de noviembre de 1998

REORIENTAR LA VIDA

Estad en vela.

No siempre es fácil poner nombre a ese malestar profundo y persistente que podemos sentir en algún momento de la vida. Así me lo han confesado en más de una ocasión personas que, por otra parte, buscaban «algo diferente», una luz nueva, tal vez una experiencia capaz de dar un color nuevo a su vivir diario.

Lo podemos llamar «vacío interior», insatisfacción, incapacidad de encontrar algo sólido que llene el deseo de vivir intensamente. Tal vez sería mejor llamarlo «aburrimiento», cansancio de vivir siempre lo mismo, sensación de no acertar con el secreto de la vida: nos estamos equivocando en algo esencial y no sabemos exactamente en qué.

A veces, la crisis adquiere un tono religioso. ¿Podemos hablar de «pérdida de fe»? No sabemos ya en qué creer, nada logra iluminarnos por dentro, hemos abandonado la religión ingenua de otros tiempos pero no la hemos sustituido por nada mejor. Puede crecer entonces en nosotros una sensación extraña de culpabilidad: nos hemos quedado sin clave alguna para orientar nuestra vida. ¿Qué podemos hacer?

Lo primero es no ceder a la tristeza ni a la crispación: todo nos está llamando a vivir. Dentro de ese malestar tan persistente hay algo de importancia suma: nuestro deseo de vivir algo más grande y menos postizo, algo más digno y menos artificial. Lo que necesitamos es reorientar nuestra vida. No se trata de corregir un aspecto concreto de nuestra persona. Eso vendrá tal vez después. Ahora lo importante es ir a lo esencial, encontrar una fuente de vida y de salvación.

Hoy no es un domingo más para los cristianos. Con este primer domingo de Adviento comenzamos un nuevo año litúrgico. De ahí, la llamada urgente que se escucha hoy: *«Estad en vela», «Daos cuenta del momento que vivís», «Es hora de despertar»*. Todos hemos de preguntamos qué es lo que estamos descuidando en nuestra vida, qué es lo que hemos de cambiar, a qué hemos de dedicar más atención y más tiempo.

Las palabras de Jesús están dirigidas a todos y a cada uno de nosotros: *«Vigilad.»* Hemos de reaccionar. Si lo hacemos, viviremos uno de esos raros momentos en que nos sentimos *«despiertos»* desde lo más hondo de nuestro ser.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1995-1996 – SANAR LA VIDA
3 de diciembre de 1995

POR FAVOR

Estad en vela.

Estoy en Mugina (Rwanda). Cuando se publiquen estas líneas me encontraré en la región de Butare, cerca de Burundi, impartiendo un curso intensivo de teología a los misioneros de habla castellana de Rwanda. Allí viviremos juntos el adviento y, desde allí, trataré de enviar mis comentarios de los próximos domingos.

Este primer domingo de adviento revivo la misma sensación que tuve el año pasado cuando visité estas tierras: no es lo mismo leer el evangelio desde el bienestar de Europa o desde la miseria y el sufrimiento de Africa.

A pesar de todas las crisis y problemas, en Europa se piensa que el mundo siempre irá a mejor. Nadie espera ni quiere el fin de la historia. Nadie desea que cambien mucho las cosas. En el fondo, nos va bastante bien. Desde esta perspectiva, oír hablar de que un día todo esto puede desaparecer, «suena» a «visiones apocalípticas» nacidas del desvarío de mentes pesimistas.

Todo cambia cuando el mismo evangelio es leído desde el sufrimiento del Tercer Mundo. Cuando la miseria es ya insoportable y el momento presente es vivido como un sufrimiento absolutamente destructor, es fácil percibir por dentro un sentimiento diferente: «Gracias a Dios, esto no durará para siempre.»

Los que sufren así son quienes mejor pueden comprender el mensaje de Cristo: «*Felices los que lloran porque de ellos es el Reino de Dios*.» Estos hombres y mujeres cuya existencia es dolor están esperando algo nuevo y diferente que responda a sus anhelos más hondos de vida y de paz.

Un día «*el sol, la luna y las estrellas temblarán*», es decir, todo aquello en que creíamos poder confiar para siempre se hundirá. Nuestras ideas de poder, seguridad y progreso se tambalearán. Todo aquello que no conduce al ser humano a la verdad, la justicia y la fraternidad se derrumbará y «*en la tierra habrá angustia de las gentes*».

Pero el mensaje de Cristo no es de desesperanza para nadie: «Aun entonces, en el momento de la verdad última, no desesperéis, estad despiertos, manteneos en pie, poned vuestra confianza en Dios.» Estos días, viviendo de cerca el sufrimiento cruel de estas gentes, me he sorprendido a mí mismo pensando algo que puede parecer extraño en un cristiano. No es propiamente una oración a Dios. Es un deseo ardiente y una invocación ante el misterio del dolor humano. Es esto lo que me sale de dentro: «Por favor, que haya Dios.»

José Antonio Pagola

HOMILIA

1992-1993 – CON HORIZONTE
29 de noviembre de 1992

DESPERTAR

Estad en vela...

Los ensayos que conozco sobre el momento actual insisten mucho en las contradicciones de la sociedad contemporánea, en la gravedad de la crisis socio-cultural y económica, y en el carácter decadente de este final de siglo.

Sin duda, también hablan de fragmentos de bondad y de belleza, y de gestos de nobleza y generosidad, pero todo ello parece quedar como ocultado por la fuerza del mal, el deterioro de la vida y la injusticia. Al final, todo son «profecías de desventuras».

Se olvida, por lo general, un dato enormemente esperanzador. Está creciendo en la conciencia de muchas personas un sentimiento de indignación ante tanta injusticia, degradación y sufrimiento. Son muchos los hombres y mujeres que no se resignan ya a aceptar una sociedad tan poco humana. De su corazón brota un «no» firme a lo inhumano.

Esta resistencia al mal es común a cristianos y agnósticos. Como decía recientemente el teólogo holandés *E. Schillebeeckx*, puede hablarse dentro de la sociedad moderna de «un frente común, de creyentes y no creyentes, de cara a un mundo mejor, de aspecto más humano».

En el fondo de esta reacción hay una búsqueda de algo diferente, un reducto de esperanza, un anhelo de algo que en esta sociedad no se ve cumplido. Es el sentimiento de que podríamos ser más humanos, más felices y más buenos en una sociedad más justa, aunque siempre limitada y precaria.

En este contexto cobra una actualidad particular la llamada de Jesús: «Estad en vela.» Son palabras que invitan a despertar y a vivir con más lucidez, sin dejarnos arrastrar o modelar pasivamente por cuanto se impone en esta sociedad.

Tal vez, esto es lo primero. Reaccionar y mantener despierta la resistencia y la rebeldía. Atrevemos a ser diferentes. No actuar como todo el mundo. No identificamos con lo inhumano de esta sociedad. Vivir en contradicción con tanta mediocridad y falta de sensatez. Iniciar la reacción.

Nos deben animar dos convicciones. El hombre no ha perdido su capacidad de ser más humano y de organizar una sociedad más aceptable. Por otra parte, el Espíritu de Dios sigue actuando en la historia y en el corazón de cada persona.

Es posible cambiar el rumbo equivocado que lleva esta sociedad. Lo que se necesita es que cada vez haya más personas lúcidas que se atrevan a introducir sensatez en medio de

tanta locura, sentido moral en medio de tanto vacío ético, calor humano y solidaridad en el seno de tanto pragmatismo sin corazón.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1989-1990 – NUNCA ES TARDE
3 de diciembre de 1989

NUNCA ES TARDE

Estad en vela...

Desde que *Sigmund Freud* formuló la hipótesis de que toda una sociedad en su conjunto puede estar enferma, no han sido pocos los que han analizado sus posibles neurosis y enfermedades.

Recientemente se viene hablando en la sociedad occidental de una «patología de la abundancia» cuyos síntomas son diversos. Un cierto tipo de bienestar fácil puede llegar a atrofiar el crecimiento sano de la persona, aletargando su espíritu y adormeciendo su vitalidad.

Pero, tal vez, uno de sus efectos más graves y generalizados es la frivolidad. La ligereza en el planteamiento de los problemas más serios de la vida. La superficialidad que lo invade casi todo. Este cultivo de lo frívolo se traduce, a menudo, en incoherencias fácilmente detectables entre nosotros.

Se descuida la educación ética en la enseñanza o se eliminan los fundamentos de la vida moral, y luego nos extrañamos por la corrupción de la vida pública.

Se incita a la ganancia del dinero fácil, se promueven los juegos de azar, y luego nos lamentamos de que se produzcan fraudes y negocios sucios.

Se educa a los hijos en la insolidaridad y la búsqueda egoísta de su propio interés, y más tarde sorprende que se desentiendan de sus padres ancianos.

Protestamos del número alarmante de violaciones y agresiones sexuales de todo tipo, pero se sigue fomentando el desenfreno sexual de muchas maneras.

Cada uno se dedica a lo suyo, ignorando a quien no le sirva para su interés o placer inmediato, y luego nos extrañamos de sentirnos terriblemente solos.

Se exalta el amor libre y se trivializan las relaciones extramatrimoniales, y al mismo tiempo nos irritamos ante el sufrimiento inevitable de los fracasos y rupturas de los matrimonios.

Nos alarmamos ante esa plaga moderna de la depresión y el «estrés », pero seguimos fomentando un estilo de vida agitado, superficial y vacío.

De la frivolidad sólo es posible liberarse despertando de la inconsciencia, reaccionando con vigor y aprendiendo a vivir de manera más lúcida.

Este es precisamente el grito del evangelio, al comenzar un nuevo año litúrgico: «Despertad. Sacudíos el sueño. Sed lúcidos». Nunca es tarde para escuchar la llamada de Jesús a «vivir vigilantes», despertando de tanta frivolidad y asumiendo la vida de manera más responsable.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1986-1987 – CONSTRUIR SOBRE LA ROCA
30 de noviembre de 1986

¿QUEREMOS DE VERDAD LA PAZ?

Estad en vela...

Solemos decir que todos queremos la paz. Las gentes la desean, los políticos la piden, los partidos la incluyen en sus programas. ¿Quién se atrevería hoy a decir lo contrario en medio de un pueblo desgarrado por la violencia y los conflictos de todo orden?

Pero no siempre es cierto lo que los hombres proclamamos individual y colectivamente. Querer la paz no significa solamente lamentar- se de los hechos violentos que suceden entre nosotros. No basta irritarse cada cierto tiempo ante la sangre que se derrama en nuestra tierra.

Tampoco es suficiente esperar a que otros nos la traigan cuanto antes. Ni quedarnos aguardando a que nazca como resultado de un equilibrio de fuerzas o como fruto del juego y las estrategias de los políticos.

Es muy tentador tranquilizar nuestra conciencia, dando por supuesto que nosotros somos ‘buenas personas” que queremos y buscamos la paz y que son los otros “los malos” que no la desean ni la hacen posible.

Por lo general, cada uno de nosotros tiene una imagen interesada de la paz y lo que buscamos en realidad es un orden de cosas tranquilo donde se cumplan nuestros intereses individuales y políticos.

En su Carta Pastoral de Adviento, *Mons. Setién* nos recuerda que “no hemos de creer que la paz haya de resultar automáticamente sólo con que cada uno busque su propio interés, sin preocuparse de los demás, en virtud de una especie de juego fatal de egoísmos”.

La paz no la vamos a hacer pensando cada uno sólo en sus cosas, su ideal político y sus intereses.

Por eso hemos de escuchar una vez más la llamada del evangelio a «despertar" y abrir los ojos. Hemos de preguntarnos cada uno a nosotros mismos, si realmente queremos la paz aunque no responda completamente a nuestros objetivos individuales o de grupo.

Probablemente hoy mismo las urnas reflejarán que la voluntad política de nuestro pueblo está profundamente dividida y que cada partido es solamente "partido", es decir, algo parcial, que sólo representa a una parte del pueblo.

Cuando se llega a una situación como ésta, se hace más urgente que nunca abrir los ojos para ver hasta qué punto la paz que buscamos cada uno es, de alguna manera, parcial y está teñida por diversos intereses, no todos justos y nobles.

Caminar hacia una paz justa y verdadera para todos, sólo será posible si sabemos escucharnos y buscar juntos lo que hay de justo y bueno en los diversos planteamientos.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1983-1984 – BUENAS NOTICIAS
27 de noviembre de 1983

UN ADVIENTO PARA LA PACIFICACION

Estad en vela...

Este es el título de la *Carta Pastoral* que nuestro Obispo nos ha dirigido para despertar una vez más nuestra conciencia y responsabilidad ante la escalada y el crecimiento indiscriminado de la violencia.

Es hora de despertar y movilizar nuestras mejores fuerzas por la paz. Nos puede estar sucediendo también hoy lo que nos recuerda el evangelio. Como en tiempos de Noé, una humanidad distraída en diversos asuntos, no ve acercarse su ruina.

Es una grave equivocación y un pecado vivir hoy en el País Vasco, preocupados cada uno sólo de nuestros pequeños problemas y nuestra felicidad, cerrando los ojos a la violencia que asola nuestra tierra y rehuyendo nuestra propia responsabilidad.

No debemos engañarnos. La paz en el País Vasco no va a nacer espontáneamente del seno de la violencia ni se va a ir afirmando entre nosotros con el mero pasar del tiempo o el cansancio de los contendientes.

La paz tiene su precio y hemos de estar dispuestos a pagarlo. No basta una mayor eficacia policial ni unas medidas técnicas políticas para enraizar a un pueblo en la paz. Es necesario un cambio más profundo en todos.

Necesitamos despertar nuestra conciencia colectiva sobre las graves consecuencias que la violencia puede tener ya para la supervivencia de nuestro pueblo. ¿Qué importarán los diversos planteamientos, estrategias y oportunismos políticos, si, al final, es el pueblo quien queda destrozado, sin la energía necesaria para llevar adelante su recuperación? Más aún. «Qué valen la independencia o la unidad si es a costa de la destrucción de un pueblo? ¿Se le ama así de verdad?» (*J.M. Setién*, Obispo de San Sebastián).

Si está en juego la vida de nuestro pueblo, somos todo el pueblo los que nos tenemos que comprometer en una lucha por la paz, hemos de manifestar con más firmeza y claridad que la voluntad mayoritaria del pueblo es resolver el problema de Euskadi por vías dignas de nuestra condición humana.

Tenemos el derecho y la obligación de exigir a nuestros partidos, a nuestros dirigentes políticos y a quienes dicen luchar con las armas por nuestra liberación, a que renuncien a actitudes y procedimientos que hacen imposible la paz y amenazan arruinar nuestro futuro.

La paz es posible. Es una necesidad. Es un objetivo al que no podemos renunciar. Los creyentes debemos luchar por ella con la misma fe que anima a nuestro Obispo: «Estamos convencidos de que también hoy los pensamientos de Dios sobre nuestro pueblo son pensamientos de paz, no de desgracia, de darnos un porvenir de esperanza » *(Jr 29, 11)*.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1980-1981 – APRENDER A VIVIR
30 de noviembre de 1980

¿QUE PUEDO YO ANTE LA VIOLENCIA?

Estad en vela.

Vivimos respirando un clima de violencia permanente. Amenazas, extorsiones, secuestros, torturas y muertes violentas de todo signo nos están haciendo ya caer en una espiral de violencia de consecuencias imprevisibles.

Mientras tanto, la repetición constante de las muertes, los comunicados que tratan de «justificar» cada acción violenta, el descrédito sistemático de las víctimas, las campañas que se organizan para legitimar tales muertes.., nos están insensibilizando ante la sangre.

Nos estamos acostumbrando a valorar estas muertes sólo por los efectos políticos y la utilidad que puedan tener para los intereses de un grupo o de otro.

Parece que damos por bueno que no vale lo mismo la vida de todos los hombres. Son bastantes los que, sin mayor reflexión, piensan que hay vidas cuya destrucción es el camino legítimo y necesario para resolver los problemas que hoy tiene nuestro pueblo.

No nos detenemos a medir las consecuencias que estas muertes tienen para las víctimas, familiares y amigos. Y no atendemos a las consecuencias imprevisibles que puede tener para todo nuestro pueblo el deterioro progresivo de la convivencia, la escalada de la violencia, la represión y el miedo, el crecimiento indiscriminado del odio y la venganza.

Es hora de despertar nuestra conciencia cristiana. Hay que reaccionar. Los que nos llamamos creyentes hemos de atrevemos a escuchar con sinceridad la voz de nuestra conciencia y defender nuestra postura públicamente. O ¿hemos olvidado ya que todo hombre es por encima de todo un hermano?

Es necesaria la reacción de todos para que se vea con más claridad que no es legítimo matar en nombre de un pueblo que ni siquiera puede decidir estas acciones que tienen graves repercusiones para nuestra convivencia socio-política.

Todos tenemos siempre algo que aportar: nuestro comportamiento personal, nuestra reacción, el modo de enjuiciar los hechos, nuestro gesto de condena, la defensa pública de toda vida, el apoyo a acciones y cauces pacíficos para resolver nuestros problemas.

Los padres, educadores y todos cuantos tenemos la posibilidad de ejercer alguna influencia en los demás, debemos promover una reacción permanente, activa y responsable frente a tanta injusticia, violencia, terror y sangre. Solo así, escucharemos la llamada de este primer domingo de Adviento: «Estad en vela». «Daos cuenta del momento en que vivís. Ya es hora de despertar...».

José Antonio Pagola

Blog: https://homiliaspagola.blogspot.com/

Para ver videos de las Conferencias de José Antonio Pagola
http://iglesiadesopelana3v.blogspot.com